



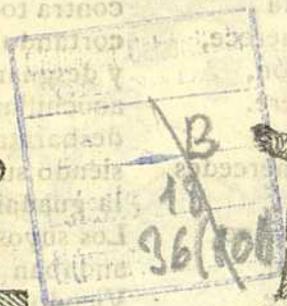
DON JOSÉ DE AJUMADA.

PRIM

Aunque con dolor intenso mi pluma escribir pretende vida, y muerte lastimosa del Capitan mas valiente, que desde Alcides la fama en eternos caracteres escribió con letras de oro el pincel, mas excelente. No es Scipion ni Pompeyo, Hector, Annibal, ni Xerxes, Julio Cesar, ni Bernardo, ni el Cid Campeador valiente, no es Cortés ni es Alexandr y aunque es verdad, que mereci renombre por sus hazañas, no es menos, si bien se advier de quien hago relacion en esta historia presente; antes, si bien se repara, en el valor les excede. En la Ciudad de Montilla, abundante, rica y fertil nació Don José de Ajumada, para mas engrandecerle;

y aunque era pobre sus Padres, merece. Excede el campo desde el oriente, es querido, por su proceder. Y a la florida le promete, is Reales cito fuerte pasó á Ceuta, mantiene quiés, imprudente, incapaz, que emprende, leon de España, iencia tiene, n su nombre, armas vence. dicha Plaza, ferentes, arios hicieron, siempre

R-25366

C
001
014
(101)

DON JOSÉ DE AHUMADA.

PRIMERA PARTE.

Aunque con dolor intenso mi pluma escribir pretende vida, y muerte lastimosa del Capitan mas valiente, que desde Alcides la fama en eternos caracteres escribió con letras de oro el pinécé, mas excelente. No es Scipion ni Pompeyo, Hector, Annibal, ni Xerxes, Julio Cesar, ni Bernardo, ni el Cid Campeador valiente, no es Cortés ni es Alexandro, y aunque es verdad, que merecen renombre por sus hazañas, no es menos, si bien se advierte, de quien hago relacion en esta historia presente; antes, si bien se repara, en el valor les excede. En la Ciudad de Montilla, abundante, rica y fertil nació Don José de Ahumada, para mas engrandecerle;

y aunque eran pobres sus Padres, no por eso desmerece. Exercitóse en el campo desde su primer oriente, siendo de todos querido, por sus buenos procederes. Y apenas su edad florida quatro lustros le promete, en las Vanderas Reales de nuestro ejército fuerte sentó plaza, y pasó á Ceuta, adonde el sitio mantiene ese Rey de Mequíés, sin mirar el imprudente, que es su valor incapaz para la hazaña, que emprende, y que el gran Leon de España, como ya experiencia tiene, vence tanto con su nombre, como con sus armas vence. Llegó en fin á dicha Plaza, y en salidas diferentes, que á los contrarios hicieron, adelantándose siempre

muestras dió de su valor
y á los diez y ocho meses
de Sargento la Alabarda
logró, que muy bien merece,
que fué el primer escalón,
que su fortuna le adquiere.
No se pasó mucho tiempo
sin que el Rey le hizo mercedes
de un particular escudo,
demas del sueldo, que tiene,
por haber sido Caudillo,
que solo con otros nueve
subió al Morro de la Viña,
sitio donde el Moro tiene
un cañon, que con sus balas
la Ciudad arruinar quiere
derribando muchas casas
con riesgo de algunas muertes.
Y el valeroso Sargento
con la referida gente
llegó al sitio señalado,
donde estaba el Cañon fuerte,
le clavó con un puñal,
porque mas memoria quede.
Mas como en esta ocasion
los enemigos no duermen,
sintieron clavar la pieza,
y se halló impensadamente
de aquella gente Otomana
rodeado; y él valiente
á sus compañeros dijo:
La ocasion se nos ofrece
de morir por nuestro Rey,
y por Dios principalmente:
los pasos nos han cogido,
y aqui es preciso se muestre
el valor de nuestros brazos,
sin que el temor nos altere,
que siendo los Moros muchos,
mayor ganancia prometen:
todos conmigo acometan,
ninguno se desmantele;
y empuñando la cuchilla,

100. m. 11
dijo así: mi dia es este.
Y como un Leon sangriento
contra todos se revuelve,
cortando brazos, y piernas,
y desgarneciendo arneses,
acuchillando turbantes,
desbaratando alquiceles,
siendo su valiente espada
la guadaña de la muerte.
Los suyos con gran valor
andaban á qual mas puede.
Viendo los Moros su arresto,
y que mucha gente pierden,
lentos de temor, y miedo,
les obligó á recogerse:
y viendo el campo por suyo,
pudo á su salvo volverse,
trayendose de camino
prisioneros mas de veinte
al presidio, donde fue
azote, y terror de Infieles.
Voló su fama en Turquía,
y fue tan subitamente,
que al oír su sobrenombre
el Africa se estremece.
Los Cabos de Mequinés,
de quien el gobierno pende,
ser sus amigos procuran,
por el temor, que le tienen.
A sus tiendas lo convidan,
donde en costosos banquetes
con manjares lo regalan,
con alhajas lo enriquecen;
y solo por persuadirle,
que la Ley de Cristo deje.
El les decia: Canalla,
como quereis, que yo niegue
por vuestro falso Profeta
á un Señor, que si se advierte,
es tan grande su poder,
que nadie le comprehende.
Viva la gran Fé de Dios,
muera quien en contra fuere.



DON JOSÉ DE AHUMADA.

SEGUNDA PARTE.

Si el silencio me permiten cortesanos, y prudentes, voy á dar fin á la historia, porque en bosquejo no quede. Ya dije, que quedó en Ceuta, en la parte antecedente, este Capitan famoso: á cuya Plaza eminente, de la Corte de Madrid legó el Señor Don Vicente, un Capitan valeroso, presumido de valiente. Y estando en conversacion cierto dia él, y un Aferez, dijo: Para tanta fama, como por el Mundo tiene el Capitan Ahumada, es cierto, que me parece, que es lo mas ponderacion, y que deseo se llegue ocasion, que nos veamos adonde se manifieste. Supo el caso Don José,

y en fin como hombre prudente, disimuló su desprecio, aunque su deshonra sente. Y un dia, á su parecer, que seria conveniente, á el Capitan contenido visitó, y con muy corteses palabras le dijo: Amigo, para esta noche que viene tengo un empeño, y quisiera, por lo que me sucediere, que me guardéis las espaldas, porque de vos solamente se fiará mi persona, y esto Señor, se me ofrece. Don Vicente sonrióse, como la cifra no entiende, y por último le dijo, que estaba muy obediente para quanto le mandase, aunque su vida se arriesgue, que el perderla por amigos, su mayor deseo es ese.

Llegó en fin la noche buena,
que fué vispera de Reyes,
y dando el Relox las once,
salieron secretamente,
en un barco á la Marina
pasaron hasta ponerse
en el campo de los Moros:
y el Capitan Don Vicente
á Don José persuade,
le diga, que fin le mueve,
venir á aquellas horas,
donde una desdicha teme?
Don José le respondió:
Señor, mi motivo es este.
Yo tengo ciertas noticias,
y lo sé muy evidente,
que vuesa merced desea
conmigo en campaña verse;
ya estamos donde se vea
de cada cual lo que puede.
Esto le dió por respuesta,
dándole á entender, que quiere
embestir á los contrarios,
resuelto á lo que saliere.
Y á tan gran resolucion
dijo el Señor Don Vicente;
Es accion desesperada
querer un hombre oponerse
contra un ejército solo.
Dijo Don José: se infiere;
mas aquí se ven los hombres
en empeños como este.
que es saber morir con honra,
es vivir eternamente.
Don Vicente se volvió,
viendo que no le conviene
el pasar mas adelante,
que es la vuelta contingente.
Mas Don José de Ahumada
dijo: mi honor no consiente
el volverme yo sin presa;

qué dirá quien lo supiere?
Y ya empeñado en su arresto,
porque satisfecho quede
de sus heroicos arrojos,
y Don Vicente confiese,
que es mas que lo que presume
el mucho valor que tiene:
por Berberia se entró,
sin recelo de la muerte:
llegó á un Aduar de Moros,
donde descuidadamente
estaban en un convite
muchos de aquellos Infieles;
malogróseles la cena,
porque al querer defenderse,
ninguno quedó con vida;
y porque crédito diesen
á esta hazaña, dos cabezas,
y un alfange de buen temple
trajo Don José á la Plaza,
y el mismo dia de Reyes
á el Señor Gobernador,
en aguilando le ofece
las dos infieles cabezas,
que absorto se quedó al verle:
preguntóle, qué era aquello?
y él le contó claramente
toda la verdad del caso,
á tiempo que Don Vicente
se halló haciéndole visita,
y porque mas se averguence,
en su presencia le dijo:
Gallina, sin conocerme,
en mi ausencia me desdoras?
Bien puedes agradecerle
al Señor Gobernador,
que á no mirarle presente,
experimentaras mas
lo que aqueste brazo puede.
Queió el Capitan corrido
del lance, que le sucede;

y en aqueste mismo tiempo
del Rey un Decreto viene
para que á Granada vaya
Don José á reclutar gente
para el Reyno de Valencia,
porque obstinado, y rebelde
á su Monarca le niega
la obediencia que le debe.
Puso la Real Vanda
en un Quartel muy decente,
paseandose en Granada,
Don Alonso les parece.
Los Nobles, y los Hidalgos
su mano derecha ofrecen,
y el ir en su compañía
por suma grandeza tienen.
Hizo en breve su recluta
de la mas lucida gente,
que en las tropas Españolas
se vió en los tiempos presentes.
Pasó á la Ciudad de Murcia,
á tiempo que los Ingleses
le tenían puesto sitio,
y á peligro de perderse;
asentando su llegada
los animos contingentes
de aquellos, que viendo estaban
el retrato de la muerte.
Don José puesto en la brecha
se portó indeciblemente,
desde las tres de la tarde,
hasta otro dia á las nueve,
que se ordenó la batalla,
y con un valor ardiente
al Ejército contrario
espada en mano acometen,
haciendo que á su pesar
el sitio del Campo dejen
con todas las prevenciones,
el tren con muchos haberes,
Y los que escaparon vivos,

temerosos de la muerte
retirándose á Orihuéla,
allí se hicieron fuertes.
Mandó luego su Eminencia
de Murcia Obispo excelente,
como digno General,
que á Consejo concurriesen
los Señores Oficiales,
que mas experiencia tienen
en los ardidés de Guerra,
para ver lo que conviene
entre los que se juntaron
hubo varios pareceres,
Don José dijo: Señor,
mi sentir es que no cese
el combate en la Ciudad,
hasta que el nombre venero
del Católico Monarca,
yo en la delantera siempre
iré con mi Compañía,
porque ninguno sospeche,
que en mi se halla cobardia,
ni mi pecho lo consiente.
Tubo por sano el consejo,
viendo que era conveiente,
Don José Lopez de Ahumada,
y Argos en lo diligente,
á los Soldados exorta
con la espada, y el mosquete;
mató diez y siete hombres,
de dos tiros solamente;
los enemigos estaban,
en gran manera rebeldes,
viendo su gran resistencia,
y que rendirse no quiere,
el resto de su valor
quiso que se manifieste;
pues sin temor de las balas,
de fusiles, y mosquetes,
de tiros, bombas y piezas
asaltó los muros fuertes,

clavó todos los cañones
(arrojo, que nos infiere,
que á la mas heroica hazaña,
ó le compite, ó le excede.)
Entró en la Ciudad diciendoy
Felipe Quinto es quien vence,
quien vive, quien reina, y es
en el Mundo Rey de Reyes,
y el que no lo venerare,
yo haré que al punto le pese.
Su invicto nombre aclamaron
hombres, niños y mugeres.
Las llaves de la Ciudad
al punto se las ofrecen
á nuestro invicto Soldado;
mas algun desobediente,
por una oculta tronera,
valido de ser aleve,
hirió al noble Don José,
y fue la herida de suerte,
que sin humano remedio
el vital aliento pierde,
dando fin á sus hazañas,
el mapa de los valientes,
el terror de Berberia,
y el azote de rebeldes;
y con un acto de Fé
á los corazones mueve,
dejando eterna su fama,
murió valerosamente.
La lastimosa noticia
luego al instante se extiende,
y con paso acelerado
llegó el General á verle:
mas al mirarlo cadaver,
sus ojos eran dos fuentes,
y con honras funerales

Con licencia : En Córdoba , en la Imprenta de Don Rafael Garcia
Rodriguez , Calle de la Libreria.



mandó que se previniese pa ne y
su entierro, y en San Francisco
asistido de la Plebe,
y de muchas Religiones,
fue su pompa muy solemne,
que el noble Capitan de supioq
tales honras se merece.
Llegó la nueva á Madrid,
que por la posta fue en breve,
donde el Gran Felipe Quinto
mucho en extremo lo siente,
viendo que perdió un Soldado,
que puso infinitas veces
su vida á riesgo, por dar
á su Corona laureles.
Montilla su madre llora,
se congoja, y se entristece,
al ver que le falta un hijo,
que entre los muchos que tiene
era quien siempre la honraba,
y la ilustró : y finalmente
bien puede de ser su madre
gloriarse, y envanecerse.
Sus hermanos se lamentan,
y toda España lo siente,
solo el Africa se alegra,
por la cuenta que le tiene,
viendo que sus Aduares
no habrá ya quien los saquee,
quien sus cañones enlave,
y quien su gente deguelle.
Veis aquí de Don José
de Ahumada la vida, y muerte,
y el Autor á el Auditorio
le suplica humildemente,
que rueguen á Dios por él
por lo mucho, que le deben.

el sitio del Campo de
el feco con muchos
Y los que escaparon vivos

Y entre todas sus hazañas,
no es bien, que en silencio quede
lo que voy á referir,
que es bien que se manifieste
Dia de Señor San Juan,
cuando con fiesta solemne
y nuestra Católica Iglesia
celebra con zelo ardiente
su Natividad Sagrada,
el dicho dia á las nueve,
Y del Gobernador un hijo,
que apenas tres lustros tiene,
solo sale á las orillas
del mar, para entretenerse,
viendo con gusto sencillo
las olas, que van, y vienen
á luchar con las arenas,
y una emboscada de siete
Moros allí le captivan
por su desgraciada suerte.
Su Padre cuando lo supo,
la prision de su hijo siente,
mandó llamar á Ahumada,
por si remediarlo puede,
que sus mayores empeños,
en él los fiaba siempre.
Siendo sabidor del caso,
pronto á su presencia viene.
Llega, y le dice: Señor,
su Excelencia se sosiegue,
yo solo por vuestro hijo
voy, y tengo de traerle,
aunque toda Berberia
salga junta á defenderle,
Y su Excelencia le dijo,
que llevase alguna gente,
y él dijo: yo solo basto,
y antes que con él se agreguen,
qual si fuera exalacion
salió con valor ardiente.
Dió vista á aquel Esquadron,
que iba con la presa alegre;
pero dudando quien era,

le aguardaron á que llegue,
mas cuando le reconocen,
les dió sudores de muerte,
y la presa le entregaron,
como fue tan de repente,
los siete, y con el Infante
para el Presidio se vuelve.
Y al entrar triunfante en Ceuta,
muchos victores le ofrecen,
y el Gobernador le dió
la invicta gracia de Alférez,
concediendole licencia
para que á España viniese.
A Ceuta segunda vez
volvió, que su falta siente:
porque sabiendo los Moros,
que Ahumada estaba ausente,
hicieron mil desverguenzas,
atreviendose á que tienen
ya todo el campo por suyo,
por no haber quien los refrene:
mas á la vuelta que dió
le pagaron la patente,
porque al cogeros seguros
en menos de cuatro meses,
se trajo dos mil Cautivos,
con valor sobresaliente.
Y ese Rey de Mequines
en viva suña se enciende,
y por reparar los daños,
que sus Vasallos padecen,
deseoso de venganza
fijó en su Reyno carteles,
que en Arabigo decian:
que á cualquiera que le diese
á Don José de Ahumada
muerto, ó vivo, que le ofrece,
un gran premio, que seria,
como á conseguirlo llegue,
Condestable, y en su Côte
el mas privado que hubiere.
Y como por la codicia
no hay vida, que no se arriesgue,

al oír la noticia vino
de las partes de Poniente
el Moro de mayor fama,
que toda el Africa tiene,
Era un Gigante á la vista,
que daba temor el verle,
muy diestro para la lucha,
de la qual quiso valerse.
Llegó en fin á los Ataques
(como de paz llegar suelen)
preguntó por Ahumada
á él mismo sin conocerle,
y sin turbarse le dijo:
Yo soy quien buscando vienes,
y el mismo por quien preguntas,
Moro, di, qué se te ofrece?
Y el perro con osadia
dijo, si saberlo quieres,
á llevarte muerto, ó vivo,
soy venido solamente,
por darle gusto á mi Rey,
que tan ofendido tienes.
Y dichas estas razones,
como una herida sierpe,
abiertos entrambos brazos,
para Don José se viene,
queriendo despedazarlo
con las garras, y los dientes;
mas no logró su designio,
que se trocaron las suertes;
porque el valeroso Ahumada
le esperó gallardamente,
y abrazandose con él
lucharon sin conocerse
de ninguno la ventaja
porque cada cual pretende
llevarse la mejoría.

Con licencia: En Córdoba, en la Imprenta de Don Rafael Garcia
Rodriguez, Calle de la Librería.

Mas como Dios favorece á
los suyos, permitió
que triunfase nuestro Alferrez
de aquel sangriento Pagano,
sin que él ofendido quede,
y fue, que de la pretina
el Moro un puñal pendiente
traia, que vino á ser
instrumento de su muerte.
Y en tan apretado lance
Don José pudo cogerle
del puño, y con gran valor,
por el corazón le mete
el azero, por la herida
entre purpura caliente
salió el alma palpitando,
y el cuerpo el aliento pierde,
Cayó el Barbaro en la tierra,
y antes que se recupere,
la cabeza le cortó,
y asiendola del copete,
ufano con esta empresa,
para el Presidio se vuelve,
adonde por esta hazaña,
y otras, que no se refieren,
el Católico Monarca
mandó, que en premio le diesen
de Capitan Comandante
la Vengala, y que estuviese
en dicha Plaza hasta tanto,
que otra orden proveyese.
Veis aqui de Don José
un rasgo tan solamente
de su prodigiosa vida;
y en el Romance siguiente
les contaré lo que resta
de su vida, y de su muerte.